

CRITICA

«El Jardín del Edén»

Los Angeles, 27 mayo.—«El jardín del Edén», es una producción de la estrella Corinne Griffith para Los Artistas Asociados, revisada por John W. Considine, y dirigida por Lewis Milestone y basada en la conocida obra teatral alemana «El jardín del Edén» recorre toda la gama de la comedia y es altamente divertida aunque no de la clase de películas que el título hace esperar, antes al contrario. «El jardín del Edén» a que se refiere el título es el nombre que se da a Montecarlo, lugar donde se desarrolla la mayor parte del film. La ambición de una muchacha que aspira a alcanzar un puesto entre las artistas de ópera, es la base del argumento; pero que bien pronto se olvida ante una serie de románticas aventuras que se desarrollan en el lugar europeo, famoso universalmente por sus establecimientos de juego, aun cuando nada de la vida de Montecarlo en este sentido se nos muestra en la película.

Toni Lebrun, sobrina de la propietaria de una acreditada pastelería de Viena, cansada de tortas y pasteles, abandona, una noche, su casa para buscar fortuna en los escenarios de Budapest. En el cabaret donde va a parar llama más la atención por sus bonitas pantorrillas que por el mérito de su voz, interesándose especialmente a un rico propietario de quien la aleja la cuidadosa vigilancia de la encargada de la guardarropía. Esta digna mujer, encariñada con ella, la invita a pasar en su compañía una temporada de vacaciones, descubriéndose que es una noble empobrecida, que guarda su pensión anual, para poder permitirse dos o tres semanas de asueto. En su compañía, Corine conoce en el hotel donde residen, a un acaudalado propietario y a su sobrino, enamorándose ambos de la muchacha, lo que provoca un sinfín de cómicas situaciones.

Pero la identidad de la Baronesa y su pupila es descubierta por el dueño del café, presentado previamente, y esto, precisamente, el día en que ha de celebrarse el matrimonio entre Toni y el más joven de los dos hombres. El futuro marido, influenciado por las revelaciones hechas, sugiere un aplazamiento de la boda, y entonces Toni, llena de furia desgarrando sus vestidos, los arroja al suelo, donde los pisotea rabiosamente, bajando vestida ligeramente, al vestíbulo del hotel donde una numerosa concurrencia espera, curiosa, la llegada de los novios.

Los espectadores salieron verdaderamente entusiasmados de esta película, en la noche de su estreno, no habiéndose de otra cosa que de la interpretación de Corinne, asombrosa por su vivacidad y realismo.

«El jardín del Edén» es una buena película por todos conceptos. Charles Ray, crea uno de los mejores papeles cómicos que nos ha mostrado;



LARS HAUSEN

Louis Dresser aparece como Baronesa, y Lowell Sherman como dueño del café.

No hay tacha ninguna en los valores recreativos de «El jardín del Edén», por lo que promete ser un verdadero éxito. Unas escenas de color añaden mayor atractivo a la película, apareciendo Corinne Griffith extraordinariamente hermosa.

EDWIN SCHALLERT



JOSE NIETO

Sills aparecerá en una historia de ferrocarril

La próxima cinta estelar de Milton Sills, será sobre la vida de un empleado de ferrocarril, la primera de esta índole que hace para la First National.

Se titula «The Wrecking Boss», de Frank L. Packard, y es la historia del jefe de la escuadrilla de reparaciones de desperfectos de un ferrocarril. De intensa acción dramática,

ATALAYA

La conservación de películas como documentos históricos

Salvo terremotos, ciclones y otras calamidades inevitables, los negativos de las obras clásicas del cine, tales como «El Gran Desfile» y «El Rastrero del 98», se conservarán para beneficio de la posteridad tal vez más allá de 25,000 años, después de las impresiones de inauguraciones presidenciales y otras noticias más o menos importantes se hayan desvanecido en polvo.

La civilización del futuro tendrá que juzgar la civilización de nuestros días más por la moda que por los hechos... a lo menos en cuanto se refiere a la historia del cine.

En los Estudios de la Metro-Goldwyn-Mayer se hacen ahora tres negativos de toda película de importancia. Uno de los negativos se usa para las impresiones destinadas a los Estados Unidos; otro para las cintas destinadas al extranjero; y el tercer negativo se guarda herméticamente cerrado en un cofre de plomo a una humedad relativa de 15,3 centígrados, el cual se encierra a su vez en una bóveda de cemento donde la temperatura se conserva constantemente a 21° centígrados. Bajo tales condiciones, afirma John Nickolaus, jefe del departamento de fotografías de la Metro-Goldwyn-Mayer, una cinta de celuloide puede durar indefinidamente.

Naturalmente, no tenemos precedente de qué guisarnos—dice Nickolaus—puesto que nadie ha conservado películas en estas condiciones durante más de cuatro o cinco años, pero nunca hemos observado el menor indicio de deterioro en aquel poderío ni habiéndose alguno de esperar. Hoy estamos conservando los negativos de todas nuestras grandes producciones para fines históricos, y a menos que alguna calamidad destruya la bóveda donde están depositadas, esas cintas durarán por lo menos 25,000 años.

Esto se aplica solamente, sin embargo, a las grandes producciones realizadas en nuestros propios Estudios, donde las películas se han desarrollado, lavado e impreso con todas las precauciones debidas. En cuanto se refiere a las cintas de noticias de actualidad, tales como vuelos, combates, y escenas por el estilo, siempre hay prisa en el desarrollo, impresión, lavado, y secado de las cintas, porque el tiempo es elemento de primera importancia. Apostaría a que dentro de quince años no existe una sola cinta de noticias en estado tal de conservación que permita reconocer en la pantalla las escenas fotografiadas.

accidentes ferroviarios y un encantador argumento, «The Wrecking Boss» ofrece un papel excepcional a Sills. Esta nueva cinta la empezará al terminar la producción de «The Barkers», en la que trabaja actualmente.

«Strange Case of Captain Ramper» contratada para el teatro McVicker, de Chicago

«The Strange Case of Captain Ramper» o «The Animal Man», primera cinta producida por la First National fuera del país, ha sido contratada por tiempo indefinido por el teatro McVicker, de Chicago. Esta cinta de la Defu, producción de Frederik Zelnik, se estrenó en el teatro Roxy, de Nueva York, y ha llamado mucho la atención.

La First National augura gran demanda de la cinta tan pronto como los exhibidores se den cuenta de las posibilidades de la película. Los periódicos de Nueva York y las revistas de cine elogian la cinta calurosamente, lo que dará una idea a los exhibidores del poder dramático que tiene y de las entradas en taquilla del teatro Roxy.

El jefe director del Roxy, Mr. Rothafel, fué quien «descubrió» a «The Strange Case of Captain Ramper», como ha sucedido con otras cintas producidas en el extranjero, las que luego se hicieron conocidas. Mr. Rothafel considera que la cinta es una gran atracción de taquilla y el estilo de película que los teatros están buscando hoy en día. Fué el primero que en este país se dió cuenta de las grandes cualidades de la cinta, y la First National ha tenido gran placer en presentarla por primera vez bajo sus auspicios.

Ronald Colman y Lily Damita en «El Rescate»

«El Rescate», de Joseph Conrad, ha sido la novela elegida por Samuel Goldwyn para la primera película de Ronald Colman como estrella independiente. Por lo tanto, los planes sobre «Una historia de dos ciudades», de Dickens, ya anunciados, han sido completamente postpuestos.

Joseph Conrad necesitó treinta años para escribir «El Rescate», y siempre la ha considerado como la favorita entre sus numerosas novelas navales. Herbert Brenon, director de Ronald Colman en «Beau Geste», le dirigirá en «El Rescate», que se filmará en el estudio de Goldwyn.

Lily Damita, «la dorada muchacha de París», que ha llegado recientemente a Hollywood, para empezar su carrera en la cinematografía americana bajo la dirección de Samuel Goldwyn, aparecerá en el rol opuesto a Colman en la novela de Conrad. Mlle. Damita abandonó su carrera musical, en la que a los diez y nueve años era estrella del Casino de París, para aparecer en la pantalla alemana. Mr. Goldwyn la eligió para compañera de Ronald Colman durante su reciente viaje a Europa en busca de nuevos talentos cinematográficos.

Aire de mar en cintas de la First National

Con Colleen Moore, ensayando en un yate privado cerca de la costa de la Baja California para «Oh, Kays», cin-

ta que producirá John McCormick para la First National; con «The Divine Lady», cinta estelar de Corinne Griffith, cuyas escenas marítimas se tomarán en breve, y con Billie Dove muy atareada a bordo de un barco, preparando escenas para «The Night Watch», en los Estudios y actores de la First National corre un aire de mar.

Una de las escenas más cuidadas que hasta ahora se han construido para una cinta, son las que representan la Bahía de Nápoles en «The Divine Lady», dirigida por Frank Lloyd. Aunque gran parte de la película se tomará en pleno mar, con grandes buques de guerra en furioso combate, se requieren también muchos «close-up», los que se están tomando en el Estudio.

La cinta de Billie Dove, bajo la dirección de Alexander Korda, sucede en su mayor parte a bordo de un crucero francés, y las escenas interiores se están tomando en los escenarios grandes. En la cinta, con Miss Dove, aparecen también Paul Lukas, Donald Reed y Nicholas Soussanin.

Santell dirigirá la primera película de Alice White

Uno de los directores de cine más competentes de Hollywood ha sido nombrado por la First National Pictures para dirigir a Alice White, en su primer vehículo estelar para la Compañía.

Alfred Santell, director de «The Patent Leather Kids», «The Gorillas», «Subway Sadie» y varias otras cintas de mucho éxito, tendrá bajo su dirección a Miss White en «Show Girls», en la que se iniciará de estrella de la First National. «Show Girls», una historia de Broadway de jazz, escrita por J. P. McEvoy, y está ahora apareciendo en una revista nacional.

Santell, notable por su manera de presentar escenas dramáticas, se adapta idóneamente a las comedias, y se le considera el director ideal para estas cintas de la vida ligera de la Via Blanca, como se llama Broadway.



La primera película que en plan de «estrella solitaria» hará Vilma Banky

Samuel Goldwyn anuncia que el elenco de la primera película de Vilma Banky como estrella individual, está ya elegido completamente. Victor Fleming dirige esta película, basada en una obra original de Frances Marion, anunciada anteriormente bajo el título de «Inocente».

Walter Byron, joven artista inglés seleccionado por Mr. Goldwyn durante su reciente viaje a Europa, como sucesor de Ronald Colman, interpretará el rol opuesto a miss Banky. Louis Wolheim, que se ha convertido en algo como miembro permanente de los Artistas Asociados, desde que hizo «Hermanos de armas», tendrá también un rol importante, interviniendo asimismo Yola D'Avril (vista últimamente en «El Lazo»), Carl von Hartman, Ferdinand Schumann-Heink, Owen Gorin, William Orliomond, Arne Frey y George Davis.

La producción de esta película fué empezada el 27 de mayo y a causa de que para muchas de las escenas es necesario construir exteriores especiales, pues se desarrollan en Alsacia-Lorena durante la guerra mundial y los primeros meses que siguieron a la paz, Mr. Goldwyn no confía en poder completarla antes de primeros de agosto.

La actuación de Betty Morrissey

Betty Morrissey, cuya carrera en la pantalla ha tomado considerable impulso con sus éxitos en tres de las comedias de Chaplin, ha firmado un contrato para aparecer en las producciones de la Metro-Goldwyn-Mayer.

Esta artista cómica fué descubierta por Eric von Stroheim. Sus películas han sido «The Merry-go-Round», «The Woman of Paris», «The Gold Rush» y «The Circus».

La internacionalidad de Renée Adorée

Renée Adorée, la popular actriz francesa, ha adoptado muchas nacionalidades en sus interpretaciones para la pantalla. En su primera cinta importante hizo de francesa; recientemente fué una joven rusa en la película en que apareció con Jonh Gilbert, y ahora está ensayándose en el papel vibrante de muchacha española.

Del canto a la mudez

Otra artista de la ópera ha sentido la fascinación de la pantalla: Andrea de Segurola, quien representa un papel importante en la película de Marion Davies, actualmente en producción. El señor de Segurola es oriundo de España y ha cantado muchas partes de barítono dramático en Europa y en todo el mundo. En los Estados Unidos perteneció durante muchos años al elenco de la Metropolitan Opera de Nueva York. Ha aparecido en muchas películas, siempre en el papel de artista o de miembro de la nobleza.

Adolfo Menjou continúa la narración de su carrera artística y de como Charlot le contrató por vez primera y Kathryn Carver "le sedujo".

MENJOU MARCHA A HOLLYWOOD PARA PROSPE- RAR

—Una noche que estaba cenando con un compañero en Nueva York—nos confiesa Adolfo— manifesté mi descontento.

—¿Por qué no pruebas en Hollywood? — me indicó el amigo —. Aquí los negocios siguen estacionarios, mientras que allí, en el Oeste, se progresa considerablemente. Seguro que hallarías infinidad de ocasiones...

Su idea me ganó la voluntad — dijo Menjou. Decidí probar fortuna y me dirigí a las doradas costas de Hollywood con un gran bagaje de ambiciones, firmes esperanzas y quinientas pesetas en la cartera.

—¿Qué le pareció el ambiente de Hollywood?

—Hollywood se me figuró excelente a mis ojos avezados a Nueva York — arguye —. Paseaba a lo largo del «Boulevard Sunset» y me maravillaba ante los grandes y altos edificios sombreados por el color verde delicioso de las palmeras, ante el magnífico desfile de coches de tonos llamativos. Y me extasiaba contemplando las torres y villas de estilo español que las «estrellas» de cine habían mandado construir en las atractivas colinas de Beverley.

Es sorprendente pensar — añade — que cuando debuté en el estudio de Vitagraph en Nueva York, esta pintoresca ciudad, hoy hermosa, fecunda, incitante y riquísima, era entonces una extensión, un suburbio de Los Angeles, en donde algunos iniciados empezaron, en estudios provisionales, la filmación de escenas cómicas, que los campesinos tomaban a chacota.

Adolfo Menjou ha recordado antiguos conocidos:

—Charlie Chaplin «Charlot» tiraba pasteles de nata a Mabel Normand, Roscoe Arbuckle «Fatty» perseguía sin tregua a Chester Conklin, Ford Sterling y Ben Turpin por aquellas calles, sumidas en la más completa calma y dominadas por el sol.

—¿Qué diferencias habrá experimentado Hollywood... — musitamos.

—Ahora todo ha cambiado. El éxito ha favorecido tan pródigamente a dicha ciudad, que ni que la hubieran regado con oro.

Las villas han cedido su puesto a las soberbias mansiones de piedra y

mármol, las oficina provisionales de madera se han convertido en rascacielos de cemento armado; los sencillos estudios ocupan hoy centenares de hectáreas y tienen el aspecto de ciudades, equipadas técnicamente con lo más moderno, sin reparar en los fabulosos gastos necesarios para producir esas películas que maravillan por su trucos y por su fastuosidad y tecnicismo.

Y por todas partes se ven artistas flamantes; dominan nuevas ideas y nuevos procedimientos. Todo es nuevo...

Y prosiguiendo sus anteriores explicaciones, dice:

—Embebido como estaba ante tanta magnificencia, cobré coraje y me dispuse a sacar provecho de las promesas que ofrecía aquel ambiente. ¡Allí habría un puesto prominente para mí; la suerte por fin me sonreiría!

MENJOU EN HOLLYWOOD

—¿Le sonrió a usted el éxito prontamente en Hollywood? — proseguimos preguntando a Adolfo Menjou.

—Hollywood no me tendió inmediatamente sus brazos de oro, y por tanto, me costó algún tiempo poder llegar a percibir el cosquilleo del ósculo del éxito. Al principio me resultó una mala combinación haber-



me trasladado de Nueva York a Hollywood.

La causa radicaba en que en el Este no había todavía conseguido hacerme un nombre. Si bien es verdad que logré salirme de la vulgaridad de los «extras», mi reputación no era suficientemente elevada ni me había distinguido bastante para que se me considerase el mejor actor para un determinado papel.

Hollywood—sigue diciendo Menjou—es difícil para los artistas que desempeñan partes secundarias en las películas. Así, pues, mi fama tenía que ir muy paulatinamente en aumento. Frecuentaba todos los Estudios, aparecí en dos películas de importancia; pero mi suerte no se consolidaba de modo decisivo.

CHAPLIN LE EMPUJA HACIA LA GLORIA

—¿Recuerda usted cuál fué la primera película que le empujó definitivamente hacia el firmamento cinematográfico?

—La película que me hizo subir un peldaño decisivo en mi carrera, fué «La mujer de París». Es una película original de Charles Chaplin.

—¿Mediaron circunstancias especiales para que le contrataran a usted? — le pregunto, recordando lo del vestido de etiqueta y del bigote.

—Voy a explicarme—replica Menjou—. Yo no sé cómo Charlot me conoció. No nos habíamos visto ni en restaurantes ni en bailes, ni en convites. Mi posición no me permitía alternar con la colonia cinematográfica en tales actos de ostentación. Tampoco le había sido presentado, ni nadie me había recomendado a él.

—Entonces, ¿qué es lo que ocurrió? — manifesté intrigado.

—Un día—me refiere Menjou—estaba comiendo muy frugalmente en un café de segundo orden, es decir, en un establecimiento en consonancia con mi bolsillo, que aunque precario, no por eso abatía mis ánimos. Siempre he procurado amoldarme a las circunstancias, y suelo mostrarme indiferente a la influencia del aspecto exterior de las cosas que me rodean.

De esta forma, a pesar de haber sufrido contratiempos, he podido llevar siempre la cabeza en alto. Me ha gustado luchar y conservar mi apariencia de indomable, si es que un hombre de mi fisonomía puede aparentar un carácter indomable, en medio de mis desgracias.

LA SUERTE ENTRA EN ACCION

Menjou, con entusiasmo, ha continuado:

—Pensando de esta manera, era para mí la cosa más natural comerme aquel escaso menú, como si estuviera disfrutando de un festín en el Ritz, de París; en el Carlton, de Londres, o en el Embajadores, de Hollywood. No paraba mientes en pensar si llamaba la atención de nadie, puesto que me embargaban mis penas, aunque no las mostraba.

Y sucedió que Charles me estaba observando. Me estudió detenidamente. Al parecer le causé excelente impresión. Y la fortuna hizo lo restante...

—¿Me ha dicho usted que aquella película era original de Charlot?

—Efectivamente. Era la primera película que Charlot ideaba, y que él mismo ponía en práctica. Por esta razón no precisaba de primeras figuras de reconocida autoridad. Se trataba de buscar artistas que se adaptaran a su argumento, y no de adaptar el argumento a las cualidades de las «estrellas», como a veces ocurre.

Había ya encontrado Charlot a la «estrella» de «La mujer de París» — que era Edna Purviance, de temperamento caprichoso, juguetona, mimosa y sutil—e iba entonces a la busca del «astro» que había de interpretar el protagonista masculino, el hombre seductor, fogoso, que se adueña de los corazones. En resumen, no deseaba uno de esos petimetres chapados a la antigua, sino el tipo moderno del hombre galante y burlesco.

LA APOSTURA DE MENJOU, TRIUNFA

—Por lo que oigo, esta vez no fué el terno ni el bigote, sino su apostura lo que le hizo vencer—insinué a Menjou.

—Por lo visto yo era el tipo que Charlot precisaba. El dueño de aquel café le proporcionó mi dirección y así pudo enviarme un telegrama citándome para su oferta. Cuando fui a ver a Charlot, me dijo:

—Su apostura: he aquí lo que estaba buscando.

—¿Mi apostura?... —balbucí.

—Sí, su apostura y su ironía—replicó Charlot.

De esta forma empezó mi fortuna. Bien es cierto que estaba predispuesto para ello, pues no tan sólo había aguardado durante diez años esta oportunidad, sino que también me estuve preparando y trabajé con ahínco para llegar a ser algo. La experiencia conseguida me proporcionó una técnica excelente.

—¿El papel que le confió Charlot, le resultaba agradable?

—Me compenetré del mismo al instante. Además supe descifrar el matiz que el mismo requería. Necesitaba de aquella sutilidad francesa que tanto me subyuga. Sin rodeos, le diré que quedé yo mismo satisfecho de mi labor, pero, claro está, ignoraba cómo sería acogida bajo el punto de vista de los críticos y del público en general. ¡Y pensar que aquella interpretación me formó a mí mismo y me abrió mi porvenir!... A veces uno

divaga... y así como aquella película pudo haber tronchado mi fama, gracias a la opinión favorable del público, que es siempre indecifrable, pero poderosa en sus decisiones, me encaminó hacia el pináculo de la gloria.

LA NOCHE DE SU CONSAGRACION

—¿Y recuerda usted algo del estreno de aquella su primera película?

—Fue una noche espléndida, realizada aún más, porque era la primera vez que se representaba una película íntegramente de Charlot, de argumento, dirección e interpretación. La concurrencia, formidable, hasta estrujarse. Las principales figuras de la pantalla acudieron al espectáculo y repetidas veces oí preguntar: ¿Quién es ese tal Menjou?

Luego, reponiéndose de la emoción que le causara recordar aquellos momentos, ha proseguido:

—Al día siguiente, llovió una cantidad enorme de demandas sobre mi casa, solicitándome para tomar parte en diversas películas; comprendí entonces cual había sido el éxito alcanzado.

La fortuna me sonreía definitivamente. De la noche a la mañana —nunca podrá decirse tan apropiadamente—, se me brindaron halagadoras, la fama y la fortuna en Cine-landia.

Un período de felicidad se abrió en mi vida. Los frutos que cosechaba eran dignos de la espera transcurrida. Evidentemente, el público que durante siete años no me había hecho caso, ahora, a coro, me solicitaba.

LAS CARICIAS DE LA FAMA

—Se sentiría usted dichoso entonces...

—Completamente feliz... Todos los «producers» me solicitaban. Ya no era yo quien iba en su busca, sino ellos los que me requerían. La cuestión, pues, era proseguir adelante, sin desmayos.

Yo mismo, viendo que se sucedían con éxito las películas que impresionaba, me decía: Si seré yo un artista de envidia comparable a un corredor de fondo, o bien un artista fugaz, como los «sprinters», para los primeros cien metros? He de confesar, que a despecho de mí mismo, soy excesivamente nervioso. Quizás esto me ha salvado, pues así, ante la incertidumbre, me excita cada vez que trabajaba en un nuevo film.

Procuré hallar una caracterización especial para cada argumento y me proponía a mí mismo: Esta vez ha de ser mejor que la última; ha de ser una obra de arte. Y otras veces: «Vamos Adolfo, que el público ha de empezar a decir: «Menjou acostumbra a estar excelente».

LOS INGRESOS

—Esta fama le proporcionaría a usted buenos ingresos—le hemos dicho a Menjou.

—Sí—ha contestado—pero tenga presente que esta cuestión es la más desagradable en la popularidad



de un artista. Por suerte, yo iba de bien a mejor. Jesso L. Lasky, primer vicepresidente de la casa Paramount, puso interés en conocer mis progresos y pude convencerle que era un «caso», por lo que me escribió para una larga temporada.

Entretanto intervine en más de doce películas, que produjeron grandes beneficios a todos los que mediaron en su explotación.

—¿Está usted satisfecho de su película «La gran duquesa y el camarero»? — le he preguntado.

—Sólo sé—contestó Menjou—que esta película es la base de mi aurifera gloria. No es muy dramática, pero tiene tal aliciente romántico y está dotada de un tal espíritu de fantasía y amor, que el público no se cansa de verla.

MENJOU SE ENAMORA

—¿Y de su esposa, no me habla usted?

—Precisamente conocí a Kathryn Carver, que es mi esposa, desde hace pocas semanas, en esta época a que vengo refiriéndome. Como que la suerte me era favorable en todo, incluso me proporcionó la ocasión de conocer a una muchacha de bella cabecita dorada, de ojos fascinadores, profundamente azules, que destacan armoniosamente del marco de sus finas cejas; alta de talla, pero delicada y gracil... en fin, la muchacha más hermosa que jamás viera: Kathryn Carver.





Mary Ashley y Helen Gose, bellas artistas de la Paramount

NUM.
72

JUEVES
CINEMATOGRAFICOS

El Dia Gráfico

JULIO
19
1928



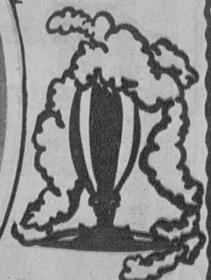
7ask. 640

Mary Brian, en el film Paramount «La primera bailarina»



C199

Alice White, estrella de la First, que está filmando varias películas en los estudios de California



Renald Werrwraih, popular cantante, visita a Dolores del Río, a quien regala su último disco



La estrella Alice Terry, que ha ingresado, junto con su esposo, en «Los Artistas Asociados»



REX INGRAM

Rex Ingram, que figura en la lista de los directores de «Los Artistas Asociados»



ONE Metro Goldwyn Mayer

Karl Danne, Protagonista del film M. G. M., «El Pequeño Desfile»



George K. Arthur y Marceline Day, protagonistas de «El Pequeño Desfile»



El gran actor Charles Rogers, con su perro favorito

BIOGRAFÍAS

Luisa Lagrange, la "vedette" de la mirada profunda

Desde que se hizo el film titulado «La mujer desnuda» Luisa Lagrange quedó consagrada de hecho como estrella de primera fila.

Los éxitos alcanzados por ella hasta el presente, son justos y merecidos y su vida de labor intensa debe ser presentada como ejemplo a todas las que sueñan con una gran carrera en la pantalla. Luisa — o Lulú, como se la llama en la intimidad—, comenzó trabajando desde la edad de trece años, en un taller de modista, de donde un buen día se escapó, para solicitar un empleo como figurante o comparsa en el estudio Gaumont.

Naturalmente, le sucedió lo que era de esperar: el «regisseur» la envió de nuevo a sus agujas y a sus figurines, pero no tan deprisa que no permitiera a Leonce Perret, el célebre «metteur» observar detenidamente a la joven modistilla. Curiosa coincidencia: fué el susodicho Leonce Penet el que algunos años más tarde, debía hacer entrar a Luisa Lagrange en los terrenos de la fama y la gloria.

Sin embargo, Lulú tuvo que esperar algunos años. Con su hermana, llegó a ser, primero, una de las jóvenes figurantes más solicitadas del estudio de la calle de la Villette. Su gentileza y desparpajo ganaron pronto todos los corazones. Pero, en aquella época, los emolumentos de una artista de cine no le bastaban para emprender estudios serios. Obtuvo un premio en metálico del Conservatorio, y como adelantaba en todo lo que emprendía a pasos agigantados, se le permitió formar parte de la Comedia Francesa, en la que obtuvo su primer premio de comedia a los dieciocho años.

No obstante, Luisa no tardó mucho en presentar su dimisión en la Casa de Molière.

Por aquella época llegó a París una compañía americana con objeto de rodar un film: «Destrucción».

Dicha compañía contrató algunos artistas, entre los que figuraba Luisa Lagrange, que luego se casó con el «metteur en scene» Elliot.

América trajo la suerte a Lulú. En la actualidad, la Paramount la acaba de contratar para «La marcha nupcial», una hermosa obra de Bataille, y al lado de la encantadora «vedette», un gran artista, Pierre Blanchard, que será el encargado de encarnar el principal papel masculino.

Luisa Lagrange realizará, una vez más, un tipo humano, sensible, delicado, como ella sólo sabe interpretarlos.

Lo más maravilloso de su expresivo

rostro son, sobre todo, sus grandes ojos.

Hay en los ojos de Luisa Lagrange, no solamente una vida prodigiosa e intensa, sino una llama tan ardiente y tan pura que su brillo difícilmente puede ser velado por sus magníficas pestañas.

Todo aquello que canta, vibra, llora, implora, suplica o gime en el alma de esta maravillosa intérprete, se difunde por su rostro y se concentra con intensidad en sus bellísimos ojos.

En fin, los ojos de Luisa Lagrange son de una belleza de expresión, de un encanto y de una ternura infinitos...



COLLEEN MOORE

realmente creemos que en esta ocasión ha acertado en su elección.

—Durante mi permanencia en París—ha declarado—busqué entre los artistas parisinos una personalidad relevante y susceptible de hacer una gran carrera en la pantalla, y confieso que el que más me ha gustado y más me ha llegado al corazón es Chevalier. Lo he visto, en escenas, actuando, muchas veces y cuanto más lo veía más me seducía su personalidad, su gracia natural, espontánea me hace pensar muchas veces en la de Reginald Denny y Richard Dix. Por lo tanto, creo que muy bien puede llegar a tener el mismo éxito en la pantalla.

M. Lasky tiene razón, Chevalier tendrá seguramente en América tanto éxito como en Francia y en cuantos países ha actuado.

En el país de la juventud, la alegría y la salud, será tratado como un semidiós.

Y lo maravilloso del caso es, que no se toma esto en serio como tantos otros actores malos del cine, que se llenan la boca hablando de su actuación, de su estudio, de la pantalla.

A éste se le oye decir, riendo a mandíbula batiente.

—No sé si serviré para este gran arte, porque yo no creo en mí mismo.

Y cuando se le pregunta: «¿Es verdad que está usted triste, Maurice?», responde: «No estoy triste; es soy razonable. No me lanzo a una cosa a tontas y a locas, y eso es todo».

Y no es que se haya alegrado extraordinariamente con la proposición hecha por Mr. Lasky; la ha encontrado natural. Solamente ha aclarado:

—Hollywood está muy bien, pero antes quiero pasar un par de meses en el mediodía de Francia; después... ¡ya veremos!..

He aquí cómo se hace una «estrella» de cine, después de lucir con brillo intenso en el music-hall.



CHARLIE MURRAY

Del music-hall a la pantalla

Maurice Chevalier bajará en el cine

Acabamos de recibir una noticia imprevista. Maurice Chevalier, muy conocido de nuestro público, actuará, muy en breve como artista de la pantalla. Para su debut no ha escogido Francia, su patria, según alguien indicó, sino Hollywood.

Mejor dicho: en esta ocasión, América, representada por M. Jesse Lasky, vicepresidente de la Famous Players Corporation, es la que lo ha descubierto y a fin de no perder su hallazgo le ha hecho firmar un contrato ventajoso. Mister Lasky está encantado de su golpe de vista y

ARGUMENTOS DE PELICULAS

“LOS MALDITOS”

Adaptación de la novela de S. Lagerlöf

Ingmar, hijo de un rico campesino sueco, no había tenido suerte. A la muerte de sus padres, un tutor pródigo había dilapidado toda su herencia, y se había visto obligado para volver a comprar los terrenos pertenecientes a sus antecesores, a casarse con Marta Parsonn, la hija de un rico hacendado de la comarca.

Marta había estado prometida muchas veces más, a pesar de la cuantiosa fortuna de su padre, había visto con amargura, cómo todos los candidatos a su blanca mano, recogían su palabra con cualquier pretexto y se alejaban de ella para no volver... Y es porque en el país corría de boca en boca una leyenda siniestra sobre los Parsonn, hasta el extremo de que las gentes, en lugar de llamarlos por sus nombres, les daban el apelativo de «Los malditos».

Se decía que, en tiempos lejanos, un antecesor de los Parsonn, había sido engañado por un chafán en la compra de un caballo. La bestia vendida era ciega. Aquel hombre, loco de furor por el engaño, había precipitado el caballo a una sima: el desdichado animal se quebró los riñones y antes de morir tuvo una agonía larguísima. Algún tiempo más tarde, la mujer de aquel Parsonn daba a luz un hijo: el niño era idiota y ciego. Las gentes sencillas de la comarca se explicaban lo ocurrido, diciendo que una maldición pesaba sobre los Parsonn, como recuerdo de aquella crueldad tan horrible; y aun añadían, que todos los varones que pusieran en el mundo las hijas y nietas del abuelo brutal, estaban condenados de antemano. Ingmar había sabido demasiado tarde el espantoso sortilegio. Ya, para dar su nombre a la heredera de una familia maldita, se había hecho culpable de una dolorosa traición. Estaba prometido a Gertrudis Storm, una amigueta de la infancia que había sido la inseparable compañera de sus juegos, a pesar de su intenso amor por esta joven, había sido mucho más fuerte el interés; no había vacilado en romper sus promesas y recoger su palabra, con tal de llegar a ser un día el dueño y señor de las vastas propiedades de sus padres, que amenazaban pasar a manos extrañas.

Fué tal la deseseración de Gertru-

dis que abandonó Suecia para seguir a unos peregrinos que marchaban a Tierra Santa. Estos peregrinos iban conducidos por un apóstol que los uhabía convertido, llamado Helgum, hombre singular, una especie de iluminado que pertenecía a una secta que vivía en Palestina, y que, de cuando en cuando se esparcía por el mundo con el único fin de llevarse a los fieles que, una vez vendidos sus bienes, quisieran dedicar todas sus energías a trabajar por el bien de todos.

Helgum había conquistado muchos adeptos en Suecia, y todos ellos habían vendido sus casas y sus tierras, para seguir a aquel predicador de bondad, de sacrificio y de abnegación.

Sin embargo, el anuncio de un próximo alumbramiento, la voz de la maternidad, recordó a Marta el rescate atroz que debía pagar al descendiente de la raza de «Los Malditos».

¡Sí, iba a tener un hijo! Para conjurar el mal, suplicó a su marido que remediara su falta ejecutando una buena acción:



REGINALD DENNY

—Tú deberías ir con Helgum a Jerusalén y buscar a Gertrudis para pedirle perdón, le dijo Marta.

Yugmar partió para Tierra Santa y volvió a encontrar a su antigua prometida, a la que confesó el motivo de su presencia.

Durante algún tiempo el infatigable misionero Helgum, dirigió su nave con rumbo a nuevos países para buscar nuevos adeptos. Una noche, el buque que conducía al apóstol encontró un iceberg y se fué a pique en pocos momentos. En una barca de salvamento llena completamente de naufragos, el comandante pidió a algunos de los escapados del siniestro marítimo el sacrificio de sus vidas para salvar la de los otros.

Helgum fué el primero en ofrecerse. —Moriré gustoso—dijo—si con mi sacrificio logro salvar algunas preciosas vidas, y si sirve para remediar una falta cometida por uno de mis semejantes...

Y aquel sacrificio de Helgum no fué en vano.

Gertrudis, por su parte, había perdonado a Ingmar, su antigua traición y, ya de vuelta a sus lares, el peregrino supo que su mujer había dado a luz un niño. Marta, sin embargo, no se atrevía a afrontar a su marido, de pánico que tenía, al pensar que la siniestra predicción se cumpliera una vez más. Huyó a casa de un antiguo sirviente de la familia Ingmar, y hasta allí fué la magnánima Gertrudis al volver de Tierra Santa al mismo tiempo que Ingmar, a buscar a la pobre madre, traspasada de dolor, a aquella pobre mártir sobre la que la mala suerte había cesado por fin de hacer su presa; y ella misma fué la que la empujó dulcemente a los brazos de su marido...

El hijo de Ingmar no fué ni ciego ni idiota. La siniestra predicción, aquel vaticinio de mal agüero, había cesado. Una vida humana y un perdón conjuraron el maleficio. «Los Malditos» acababan de expiar la pesada deuda de tiempos pretéritos.

El destino o el número 13

¿Es usted supersticioso? No conteste «no» sin pensarlo, por no querer reconocer una pequeña debilidad por su parte. Piense un poquito antes de contestar. ¿No tiene usted buen cuidado, al saltar de la cama de hacerlo con los dos pies al mismo tiempo? ¿Con frecuencia no ha tocado usted madera para tener buena suerte? ¿Emprendería usted viaje el viernes? ¿No le importa a usted prender un cigarrillo, siendo el tercero, con el mismo fósforo? Pues bien, ahora puede usted contestar a la primera pregunta.

La superstición se puede considerar una flaqueza humana, pero por lo general, la gente sufre de esta debilidad, sin darse cuenta de ella. Yo reconozco que soy supersticioso; le ocurren a una tantas cosas que no puede evitarlo. Coincidencias — quizás usted lo llame suerte —. Nosotros, los europeos, vemos tales incidentes con el horror de la superstición; en cambio, los mahometanos, toman tales cosas con una calma estófica; «Kismet», lo llaman, y lo consideran inevitable. Y sin tener en cuenta la contestación que dé usted a la pregunta, todos estos incidentes están reunidos en una palabra: predestinación.

Y como la superstición juega papel tan importante en la vida cotidiana, se ha usado con gran éxito en los argumentos para el cine. A mí se me había asignado un papel importante en la cinta de la Defu «Two Red Roses». Estaba en Niza y debía partir para Berlín sin demora; pero era viernes, 13, y demoré el viaje, llegando a Berlín veinticuatro horas más tarde de lo convenido. Calculen mi sorpresa cuando al leer el manuscrito, me encuentro con que toda la historia gira sobre supersticiones.

He aquí cómo sucede: Soy una chica vendedora en una floristería y me envían a adornar una mesa para una fiesta con motivo de un compromiso de matrimonio. Estando trabajando, la señora de la casa se da cuenta de que los invitados son trese. ¡Qué situación para una comida de tal índole! La señora no objeta, pero puede ocurrir que alguno de los invitados se incomode. Y a mí, la chica de la floristería, me invitan de huésped, número 14. Si la señora de la casa no hubiera sido supersticiosa, los planes no se hubieran trastornado. Quizá esto es «Kismet», predestinación. Así pasa en las películas... y también en la vida.

Después de varias semanas de arduo trabajo se completó «Two Red Roses», y partí para Munich, a terminar otro contrato. Al poco tiempo firmé largo compromiso con la Defu. Tal vez esto también fué Kismet.

¿Qué hubiera ocurrido si yo hubiera salido el 13? ¿Qué suerte hubiera corrido si la anfitrión en «Two Red Roses» no hubiera sido supersticiosa y no me hubiera invitado? Por ser supersticiosa quizás firmé contrato con la Defu. ¿Será que todo es... Kismet?

Unos actores que manejan un auto sin timón

Mary Astor y Lloyd Hughes, una de las parejas más populares del cine, están aprendiendo a manejar automóvil. Naturalmente, los dos son expertos automovilistas; el trabajo de cine requiere destreza en el manejo de cualquier marca de «autos». Pero ninguno de los dos, hasta ahora, había manejado uno sin la rueda del timón y controlado por botones.

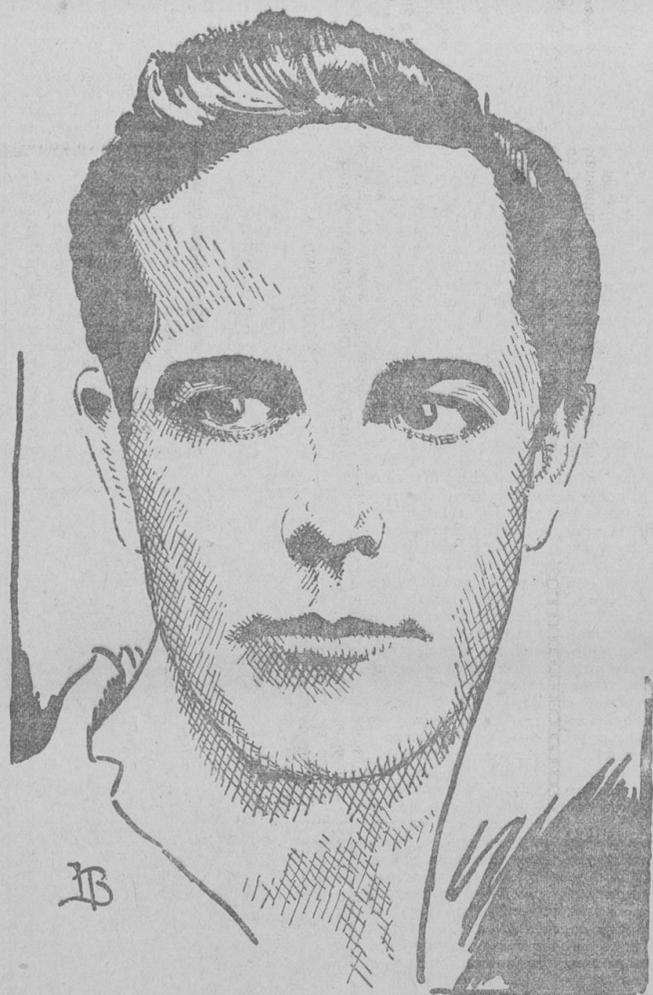
Este auto se usa en algunas escenas de «Heart to Heart», cinta en que Mis Astor y Hughes aparecen con Louise Fazenda. Los peritos de la First National lo «inventaron», y ahora le toca a los actores aprender a manejarlo.

Se aprieta un botón y se voltea una esquina; se aprieta otro, y el vehículo se endereza automáticamente.

La fecunda mente del autor de la historia lo diseñó, y los expertos técnicos del Estudio hicieron uno, pero sin garantías de seguridad. Sin embargo, el héroe y la heroína de «Heart to Heart» ya lo han manejado sin incidente ninguno, y están listos para usarlo en las escenas de la cinta. Lo han de manejar con éxito, por un rato, y luego destruirlo, chocando con un granero.

Charlie Murray en «Do your duty»

Charlie Murray de nuevo será policía. «Do Your Duty», historia original de Julien Josephson, que relata la vida de un policía de una bulliciosa metrópoli, es el título del primer vehículo estelar de Murray bajo el nuevo contrato con la First National Pictures.



ANTONIO MORENO

UNA ENCUESTA ORIGINAL

¿RUBIA O MORENA?...

(Continuación)

François Rozet

Una calle riente y llena de sol, en el barrio de la Convención; una calle de una calma dulce y reposada, que evoca los pintorescos rincones provincianos o campesinos; en esta casa, un piso bajo, sobrio y florido y, en este piso, sucesión de imágenes, un príncipe de cine... François Rozet, el tierno y valiente marido de «Los miserables».

—Yo creo que las rubias son más fotogénicas que las morenas—me dice de pronto.

Después de haber reflexionado un segundo añado, haciendo un gracioso mohín:

—Ahora bien: usted sabe... ¿es una cosa tan complicada la fotografía! No creo que el color del pelo pueda hacer mucho. Es casi una cuestión de moda, de buen gusto personal, de necesidades de contraste, tan apreciadas por la cinematografía americana... y por todas las demás. Para terminar, le diré que una mujer morena es tan fotogénica como una rubia; tan simpática y tan dulce; eso no depende más que del papel que se le asigne.

Por lo que a mí respecta, prefiero la rubia; pero ¿quién sabe si algún día cambiaré de opinión?

Jacque Catelain

—Puesto que usted quiere conocer mi opinión acerca del libro de Miss Anita Loos, que es, además de una gran escritora, una gran amiga mía, le diré que siento la más profunda admiración por esa obra, que revela un gran temperamento y que considero a su autora como una de las más genuinas representaciones de la literatura internacional.

«Gentlemen prefer blondes» es una novela escrita y vivida que llega al corazón del lector y que Miss Loos ha sabido, solamente con su título, dar carácter de regla general a la preferencia del hombre actual por la mujer rubia; y que con una sutileza de ingenio y una fina observación en el transcurso de su joven existencia, nos hace ver lo que ella ha podido observar, o sea la preferencia masculina hacia los cabellos luminosos...

En la pantalla, sin embargo, no se puede sentir como segura la tesis de que las rubias sean más fotogénicas que las morenas, ni que los ojos claros sean más expresivos que los oscuros. Cada mujer tiene, para encanto nuestro, las miradas o sonrisas que le son propias y nosotros somos o no somos víctimas de su fascinación, sin que jamás nos preguntemos el color de su tez o de su cabello.

De mí sé decir que siempre me han cautivado los rostros claros y transparentes de las estrellas nórdicas.

La pureza de una Camila Horn, de una Mary Johnson, me ha impresionado siempre más que el sombrío magnetismo que emana de una Pola Negri o de una Dolores del Río.

No he podido resistir nunca la tentación de ver un film de una Mary Pickford, de Bessie Love, Lillian Gish o Brígitta Helm; terminaré exponiendo honradamente mi opinión, ya que a ello se me invita, diciendo que, por lo que al arte cinematográfico se refiere, para mí tienen mucho más valor las bellezas rubias.

Henry Fescourt

El señor Fescourt está muy ocupado; no me es posible verlo; así es que tengo que limitarme a interrogarle por teléfono.

—¡Diablo!—exclama—. Es una pregunta la que me hace usted a quemarropa en la que, lo confieso, nunca había pensado... No obstante, creo que, por muy fotogénica que sea una rubia, sirve tanto para la pantalla como una morena y viceversa. Para mí ni la una ni la otra son más o menos fotogénicas; son los recursos de todos los sistemas de alumbrado conocidos los que les dan esa cualidad. De modo que ya sabe usted: la cuestión de la fotogenia no es más que una cuestión de inteligencia.

—Y su gusto personal, señor Fescourt?

—¿Mi gusto? ¿Desde el punto de vista cinematográfico?

—Nada de eso; quiero decir su preferencia personal...

—Pero ¿esto que me pregunta es muy grave!

—Sí, ya comprendo; ponga un poco de cuidado en no decir cosas definitivas...

—¡Bueno!... Pues... ¡Eso depende del momento!



LYA MARA

¡Qué maravillosas deducciones matemáticas en estas respuestas y qué sentido filosófico! ¿No es verdad, señor Fescourt?

Jean Angelo

—No he comprobado nunca que las rubias sean más fotogénicas que las morenas. Para ser fotogénica creo que no hay suficiente con la parte física.

Aparte las cualidades o los defectos personales necesarios, se precisa una concurrencia de circunstancias muy difíciles de encontrar; un «metteur» conocedor de lo que lleva entre manos, un operador que pueda trabajar libremente, una casa encargada del tiraje que no tenga exceso de trabajo, un proyector de buena voluntad, explotadores del film que no sean excesivamente geniales, etc., etc., en una palabra: ¡casi lo imposible! En cuanto a mis gustos personales, perdone que no me sea posible contestarle.

Julien Davivier

—Las morenas son, ciertamente, tan fotogénicas como las rubias; esto no es más que una cuestión de oportunidad. Cuando un «metteur» tiene necesidad de una intérprete rubia, es fotogénica, del mismo modo que si tuviera necesidad de una morena, lo sería también.

En cuanto a mis gustos personales, es un poco indiscreta la pregunta. No obstante, le diré que me río del color del cabello de una mujer, si ésta me es simpática. No veo la influencia que esto pueda ejercer sobre un hombre. Coja usted una estatua, ¡bueno! una estatua es incolora ¿no es verdad? y, sin embargo, no hay nada más hermoso que un magnífico mármol artísticamente trabajado...

Jacques de Baroncelli

—¡He aquí una idea!... Las rubias no son, en absoluto, más fotogénicas que las morenas; lo que sucede es que en los comienzos del cinematógrafo empezaron a catalogarse las rubias para el papel simpático y las morenas para el antipático. Luego, esta regla ha caído en desuso, lo que nos permite ver en la pantalla hermosas morenas que no tienen nada que envidiar a las aureoladas rubias. Y, además ¿dónde ha visto usted que una cabellera sea más expresiva que las características de una cara? Es falso, absolutamente falso, a mi modo de ver, y las morenas tienen en la pantalla muchas cualidades que las rubias no tienen ni tendrán nunca. Si yo fuera a analizarle esas cualidades, no acabaríamos nunca; y todo esto tiende a probar el valor nulo de esta especie de ley cinematográfica.

Por lo que a mí se refiere, debo manifestarle que... ¡prefero las rubias!

J. LENOIR